

TO WHAT EXTENT DOES TERRORISM BUILD A NATION?
APPROACHES TO THE BASQUE CASE

¿En qué medida el terrorismo nacionaliza? Aproximaciones al caso vasco

Raúl López Romo

Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo

exposicion@centromemorialvt.com

Fecha recepción 29.11.2021 / Fecha aceptación 24.05.2022

Resumen

El número de obras dedicadas al terrorismo vasco es ya muy amplio. En este artículo repasaremos un grupo de trabajos que aborda un problema concreto: la relación entre esa forma de violencia política y los procesos de nacionalización de masas. La mayoría de ellos son microanálisis, que es donde aún cabe aportar más investigación original, ya sea desde la historia o desde otras disciplinas. Nos detendremos en un caso concreto aún por analizar: la evolución de aquellas localidades vascas y navarras donde el tradicionalismo, con su

Abstract

Much has already been written about Basque terrorism. Here, I review a group of studies that address a specific problem: the relationship between this form of political violence and processes of mass nationalisation. Much of the existing work has comprised micro-analyses, meaning there is still room for further original research, whether from a historical or other disciplinary standpoint. I shall focus on a specific case which has not previously been analysed: the evolution of villages in the Basque Country and Navarre where traditionalism,

* Una primera versión de este artículo fue presentada como ponencia en el curso de verano «Violencia política, nacionalización y Estado: teoría social e historia», dirigido por Fernando Molina (Vitoria, UPV/EHU, 2021). Agradezco la ayuda y sugerencias de Gaizka Fernández Soldevilla, Ángel García Sanz, Gorka Angulo, Javier Gómez y Rafael Leonisio.

componente católico militante y nacionalista español, obtenía en la década de 1930 unos excelentes resultados electorales. Tras el franquismo, en muchas de ellas se había pasado a votar ampliamente a una opción abertzale e izquierdista como HB, el brazo político de ETA.

Palabras clave

Terrorismo, nacionalización, microhistoria, ETA, País Vasco, Navarra.

with its militant Catholic and Spanish nationalist component, obtained excellent electoral results in the 1930s. However, after Franco's dictatorship, many voters switched their allegiance to vote for nationalist leftist options such as HB, the political wing of ETA.

Keywords

Terrorism, nation-building, microhistory, ETA, Basque Country, Navarre.

«Hace cuarenta años aquí no se oía hablar más que de “buenos” y de “malos” españoles (...). Pero, ¡ay!, ahora estamos con los nietos, que nos hablan de los “buenos” y de los “malos” vascos, de los “buenos” y de los “malos” catalanes».

Julio Caro Baroja, 1984

1. El ámbito micro

En este artículo planteo algunas reflexiones sobre tres aspectos relacionados: el terrorismo, la nacionalización y el ámbito micro. Empezaré por el último. Los estudios macro o mesosociales sobre terrorismo vasco nos permiten descubrir ya pocas cosas nuevas. Hay escritas obras sobre la historia, las estrategias o la ideología de Euskadi Ta Askatasuna (ETA), los Grupos Antiterroristas de Liberación (GAL), el llamado Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV), las relaciones entre ETA y el Partido Nacionalista Vasco (PNV), el movimiento pacifista, los efectos políticos, sociales y económicos del terrorismo, la política antiterrorista, las campañas de ETA contra la central nuclear de Lemóniz o el narcotráfico, etc.¹ Aparece-

1. El listado solo de libros es amplísimo. Sin ánimo de exhaustividad, siguiendo la serie de temas mencionados arriba, véase José María Garmendia, *Historia de ETA*, San Sebastián, 1979-1980. Gurutz Jáuregui, *Ideología y estrategia política de ETA. Análisis de su evolución entre 1959 y 1968*, Madrid, 1981. Florencio Domínguez, *ETA: Estrategia organizativa y actuaciones, 1978-1992*, Bilbao, 1998. Antonio Elorza (coord.), *La historia de ETA*, Madrid, 2000. Ignacio Sánchez-Cuenca, *ETA contra el Estado. Las estrategias del terrorismo*, Barcelona, 2001. Gaizka Fernández Soldevilla, *La voluntad del gudari: génesis y metástasis de la violencia de ETA*, Madrid, 2016. Paddy Woodworth, *Guerra sucia, manos limpias. ETA, el GAL y la democracia española*, Barcelona, 2002. John Sullivan, *El nacionalismo vasco radical, 1959-1986*, Madrid, 1988. José Manuel Mata, *El nacionalismo vasco radical. Discurso, organización y expresiones*, Bilbao, 1993. Jesús Casquete, *En el nombre de Euskal Herria. La religión política del nacionalismo vasco radical*, Madrid, 2009. Iñigo Bullain, *Revolucionarismo patriótico. El Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV). Origen, ideología, estrategia y organización*, Madrid, 2011. Gaizka Fernández Soldevilla y Raúl López Romo, *Sangre*,

rán fuentes inéditas que aportarán detalles más o menos relevantes, pero la gran asignatura pendiente no es la del conocimiento riguroso, puesto que ya existe un corpus consistente de literatura académica, sino la persistencia de la legitimación del terrorismo de ETA en una parte tan minoritaria como significativa de la población vasca y navarra. Esto incluye a jóvenes que por fortuna no han crecido con ETA en activo, pero que retrospectivamente se muestran comprensivos con la banda o equiparan su violencia con la del Estado de derecho².

En dicho corpus ya se ha abordado también el análisis de los grandes factores del terrorismo, los que intervienen en su inicio, desarrollo y final. Ello no quiere decir que haya un diagnóstico consensuado, ni que este sea imprescindible, dado que detrás de la unanimidad suele haber gregarismo u obligación. Actualmente, uno de los debates más sustanciosos se centra en las claves de la desaparición de ETA: si el actor fundamental fue la Policía, la sociedad vasca o la evolución interna del propio nacionalismo radical. Otro debate, más académico, aunque con claras repercusiones políticas, pretende indagar en la influencia que ETA ha tenido a lo largo de 42 años de asesinatos, entre 1968 y 2010; en cómo su violencia ha pintado el país y si este hoy es o no más abertzale de lo que habría sido sin aquella.

Para responder a esta y a otras preguntas, donde cabe aportar más investigación original es en el ámbito de los estudios micro, sean de historia o de otras disciplinas, como la antropología o la sociología³. De hecho, en los últimos años este tipo de trabajos son los que más han proliferado. Han ido paliando un vacío de conocimiento que había sido tratado solo por algunos autores pioneros desde los años ochenta. Este giro es positivo. Es complicado captar el clima de una época sin considerar episodios, incluyendo algunos aparentemente menores, ocurridos a nivel local.

El caso de la *kale borroka* muestra, por ejemplo, la penetración de las prácticas del odio en la vida cotidiana y en localidades de todo tipo. Las reuniones de masas, como las fiestas patronales, eran un escenario aprovechado para desatar la violencia callejera, que, pese a su componente destructivo que puede pasar por irracional, tenía la misma misión nacionaliza-

votos, manifestaciones. *ETA y el nacionalismo vasco radical (1958-2011)*, Madrid, 2012. Sagrario Morán, *PNV-ETA. Historia de una relación imposible*, Madrid, 2004. María Jesús Funes, *La salida del silencio. Movilizaciones por la paz en Euskadi 1986-1998*, Madrid, 1998. Galo Bilbao, F. Javier Merino e Izaskun Sáez de la Fuente, *Gesto por la Paz: una historia de coraje cívico y coherencia ética*, Bilbao, 2013. Irene Moreno, *Gestos frente al miedo: manifestaciones contra el terrorismo en el País Vasco (1975-2013)*, Madrid, 2019. Raúl López Romo, *Informe Foronda: los efectos del terrorismo en la sociedad vasca*, Madrid, 2015. Izaskun Sáez de la Fuente (ed.), *Misivas del terror: análisis ético-político de la extorsión y la violencia de ETA contra el mundo empresarial*, Madrid, 2017. Josu Ugarte (coord.), *La bolsa y la vida: la extorsión y la violencia de ETA contra el mundo empresarial*, Madrid, 2018. Raúl López Romo, *Euskadi en duelo: la central nuclear de Lemóniz como símbolo de la transición vasca*, Vitoria, Fundación 2012, 2012. Pablo García Varela, *ETA y la conspiración de la heroína*, Madrid, 2020.

2. Según una encuesta a alumnos de ESO publicada en 2021 por el Gobierno de Navarra, uno de cada cuatro jóvenes navarros considera que puede estar justificado emplear la violencia en política. *El País*, 28/10/2021.

3. Juan Gracia, “Microsociología e historia de lo cotidiano”, *Ayer*, 19, 1995, 189-222.

dora que la de ETA. Había símbolos proscritos, como la bandera española, que suscitaban agresividad y emociones viscerales (asco, rabia, odio), y que eran ritual y sistemáticamente quemados o utilizados para marcar en pintadas a los enemigos. No hay un recuento definitivo de los ataques de *kale borroka*: son miles y los investigadores se centraron primero en contar las víctimas mortales de ETA y después los heridos⁴.

En suma, hablamos de formas de expresión de un tipo de nacionalismo que no tenía nada de banal y cuyos promotores tenían una presencia capilar en la sociedad, yendo mucho más allá de donde alcanzaba ETA con sus comandos y sus atentados. La violencia, como dice Fernando Molina, «permeó la vida social»⁵. Más allá de la actividad de ETA, su entorno realizaba una tarea bastante eficaz de vigilancia y castigo, de señalamiento hostil del otro y, hacia adentro, de promoción de la identidad propia (bares, indumentaria, canciones...) que le permitió alcanzar un grado de penetración mayor que el que reflejaban sus resultados electorales. A la inversa, se puede decir lo mismo de la identidad vasco-española: tenía bastantes más votos que presencia en la calle.

Hace varios años Alejandro Quiroga escribió que el ámbito micro es quizás «donde mejor podemos analizar la nacionalización de masas»⁶. La microhistoria no es una teoría sino una práctica o un procedimiento historiográfico que tiene medio siglo de desarrollo. Los padres del mismo, los italianos Carlo Ginzburg y Giovanni Levi, comenzaron a publicar a mediados de los 70. Aquí lo relevante no es seguir la última tendencia historiográfica. De lo que se trata es, precisamente, de ser prácticos. La microhistoria «se basa en esencia», dice Levi, «en la reducción de la escala de observación, en un análisis microscópico y en un estudio intensivo del material documental». La idea es que así observaremos realidades que seríamos incapaces de detectar en una escala más amplia y que desde lo particular se puede saltar a conclusiones más generales⁷. Hay además una panoplia de trabajos de historia local o acotados a un caso concreto que cumplen una función parecida a la microhistoria, con métodos similares, sin que necesariamente sus autores utilicen dicha etiqueta.

En historiografía hablar de métodos es hablar del tratamiento de las fuentes disponibles, que, en el caso que nos ocupa, son al menos las siguientes. Las relacionaré con investigaciones recientes sobre terrorismo vasco:

Archivísticas: tenemos desde documentación de las bandas terroristas o de las organizaciones sectoriales que las apoyaban (gran parte se conserva en el archivo de la Fundación de los Benedictinos de Lazkao, en Gipuzkoa) hasta las actas municipales, útiles para descender al terreno local y ver qué tipo de tratamiento había, por ejemplo, tras los atentados come-

4. Rogelio Alonso, Florencio Domínguez y Marcos García Rey, *Vidas rotas. Historia de los hombres, mujeres y niños víctimas de ETA*, Madrid, 2010. María Jiménez y Javier Marrodán, *Heridos y olvidados. Los supervivientes del terrorismo en España*, Madrid, 2019.

5. Fernando Molina, «Intersección de procesos nacionales. Nacionalización y violencia política en el País Vasco, 1937-1978», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 35, 2013, 81-82.

6. Alejandro Quiroga, «La nacionalización en España. Una propuesta teórica», *Ayer*, 90, 2013, 23.

7. Giovanni Levi, «Sobre microhistoria», en Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia*, Madrid, 2003, 122.

tidos en cada pueblo o ciudad. Este último tipo de fuente ha sido empleado por vez primera en nuestro tema en una ambiciosa trilogía coordinada por José Antonio Pérez⁸.

Hemerográficas: el habitual vaciado de la prensa se ve hoy muy facilitado gracias a las hemerotecas online. *La Gaceta del Norte*, *El Diario Vasco*, *Hoja del Lunes* o *Norte Express* tienen al menos parte de sus contenidos en abierto y en red⁹. Aquí destaca la aportación del proyecto de Historia y memoria del terrorismo en el País Vasco, desarrollado por el Instituto Valentín de Foronda para el Memorial de las Víctimas del Terrorismo. Dentro del mismo se han recopilado y ordenado más de 25.000 pdf de prensa, de modo que cada víctima mortal cuenta ahora con una carpeta específica con artículos de periódico y otras fuentes. Todo ello se conserva en el archivo del Memorial, en Vitoria¹⁰.

Orales: tratándose de historia reciente, no debe faltar la posibilidad de emplear los testimonios de diferentes protagonistas y procedencias. En el caso de los perpetradores, han sido recogidos en los libros ya veteranos de Fernando Reinares y Miren Alcedo, a los que se han sumado otros recientes de Nicolás Buckley, Egoitz Gago y Jerónimo Ríos, y Caroline Guibet Lafaye. Estos dan fe sobre todo de la ausencia de autocritica y de motivos éticos en el final del terrorismo¹¹. En el caso de las víctimas, las propias asociaciones que las agrupan, como Covite y AVT, o instituciones como el citado Memorial, han ido realizando numerosas entrevistas y poniéndolas a disposición pública¹². Esta labor viene a sumarse a la iniciada por Cristina Cuesta con un libro pionero: *Contra el olvido*¹³.

Judiciales: las sentencias por delitos de terrorismo dictadas por la Audiencia Nacional son muy útiles como documento histórico, pero han sido poco manejadas hasta ahora. Tienen un nivel de detalle y un rigor en el tratamiento de la información superior al de otras fuentes, como la prensa. La web del poder judicial las pone a disposición de cualquier intere-

8. José Antonio Pérez (coord.), *Historia y memoria del terrorismo en el País Vasco: 1968-1981*, Vol. I, Almería, 2021. La Fundación de los Benedictinos de Lazkao: <http://www.lbf.eus/es/> [Consulta: 2.11.21]. Un panorama de la documentación disponible en Gaizka Fernández, Raúl López, Pau Casanellas y Miren Barandiaran, "La documentación de (y sobre) ETA", *Tabula*, 14, 2011, 45-58.

9. Vid. los repositorios digitales de la Biblioteca Foral de Bizkaia, <https://liburutegibiltegi.bizkaia.eus/handle/20.500.11938/2>, el Gobierno Vasco, <http://www.liburuklik.euskadi.eus/jspui/>, y el Centro Cultural Koldo Mitxelena de la Diputación de Gipuzkoa, <https://w390w.gipuzkoa.net/WAS/CORP/DKPAzoko-PrentsaWEB/izenburuAurkibidea.do> [Consulta: 5.11.21].

10. <https://www.elindependiente.com/espana/2021/03/24/2-000-paginas-26-archivos-y-una-trilogia-la-historia-del-terrorismo-en-euskadi/> [Consulta: 4.11.21].

11. Fernando Reinares, *Patriotas de la muerte: quiénes han militado en ETA y por qué*, Madrid, 2001. Miren Alcedo, *Militar en ETA: historias de vida y muerte*, San Sebastián, 1996. Nicolás Buckley, *Del sacrificio a la derrota: historia del conflicto vasco a través de las emociones de los militantes de ETA*, Madrid, 2020. Egoitz Gago y Jerónimo Ríos, *La lucha hablada: conversaciones con ETA*, Madrid, 2021. Caroline Guibet Lafaye, *Conflit au Pays Basque. Regards de militants illégaux*, Oxford, 2020.

12. Para una compilación de testimonios audiovisuales de víctimas del terrorismo véase <https://www.arovite.com/es/bases-de-datos/testimonios-online/> [Consulta: 3.11.21].

13. Cristina Cuesta, *Contra el olvido. Testimonios de víctimas del terrorismo*, Madrid, 2000.

sado¹⁴. Otro tipo de fuentes relacionadas, como los sumarios o las diligencias policiales, son de más difícil acceso si no han pasado los 50 años que prevé la ley para permitir la consulta de documentos con datos personales. El historiador que más se ha destacado en el manejo de esta información para los primeros atentados de ETA es Gaizka Fernández Soldevilla¹⁵.

Visuales: los documentales, carteles, pegatinas o fotografías conforman un tipo de material interesante, y más en nuestra sociedad audiovisual, pero que no ha sido exprimido todo lo que daría de sí. La Fundación Sancho el Sabio, Arovite, los Benedictinos de Lazkao o la fototeca de Kutxateka (Fundación Kutxa) son entidades que se han ocupado de buscar, custodiar y catalogar dichas fuentes¹⁶. Ejemplos recientes de aprovechamiento de las mismas son el museo del citado Memorial, que alberga una exposición permanente histórica, o el catálogo de otra muestra, en este caso temporal, comisariada por Antonio Rivera e Irene Moreno, sobre la sociedad vasca ante el terrorismo¹⁷.

Estadísticas: junto a datos procedentes de instituciones oficiales (INE, Eustat) o universitarias (Euskobarometro, Deustobarometro) hay otros que pueden ser creados por el propio investigador. El politólogo Rafael Leonisio ha trabajado con herramientas cuantitativas para calcular en qué medida los discursos políticos en Euskadi se refieren a los presos de ETA o a sus víctimas. Por mi parte, elaboré un cuestionario sobre la libertad para investigar sobre terrorismo vasco. Lo remití a los autores expertos en la materia y permitió conocer, entre otras cosas, que uno de cada tres tuvo que adoptar medidas de autoprotección¹⁸.

He distinguido seis grupos de fuentes. La posibilidad de combinarlas remite a un tipo de historia ecléctica, que incorpora tanto subjetividades como series de datos¹⁹. Las fuentes más convencionales, las de archivo, son una entre muchas posibilidades, y pueden ser tan relevantes las creadas por el propio investigador, ya sea mediante entrevistas o bases de datos.

Me voy a referir un poco más a este último aspecto porque brinda unas grandes posibilidades y ha sido aún poco aprovechado, tal vez porque requiere algunos conocimientos estadísticos o porque últimamente se ha primado los métodos cualitativos sobre los cuanti-

14. <https://www.poderjudicial.es/cgpj/es/Servicios/Jurisprudencia> [Consulta: 8.11.21].

15. Gaizka Fernández Soldevilla, “¿Crímenes ejemplares? Prensa, propaganda e historia ante las primeras muertes de ETA”, *Sancho el Sabio*, 43, 2020, 49-71.

16. <https://www.sanchoelsabio.eus/>, <https://www.kutxateka.eus/fototeca/fototeca> [Consulta: 9.11.21].

17. <http://www.memorialvt.com/museo/> [Consulta: 9.11.21]. Raúl López Romo, *Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo*, Madrid, 2021. Antonio Rivera e Irene Moreno (eds.), *La sociedad vasca ante el terrorismo (a través de los fondos de la Fundación Sancho el Sabio)*, Vitoria, 2018. Véase también el uso de la iconografía como fuente en el capítulo de Barbara van der Leeuw, “«Como siempre, ellos». La imagen del enemigo en el nacionalismo radical vasco y norirlandés”, en Gaizka Fernández y María Jiménez (coords.), 1980. *El terrorismo contra la transición*, Madrid, 2020, 307-345.

18. Rafael Leonisio, “Las víctimas del terrorismo en el discurso de los partidos políticos vascos: Una aproximación cuantitativa (1980-2011)”, *Inguruak*, 55-56, 2013, 1773-1792. Raúl López Romo, “¿Libertad para investigar? El mundo académico ante el terrorismo vasco”, *RIET*, 4, 2022, 28-44.

19. Ute Daniel, *Compendio de historia cultural*, Madrid, 2005, 269.

tativos. Sin embargo, cuando la información es de calidad aporta una base sólida a la investigación, y no solo a efectos periodísticos.

Los utensilios cuantitativos se han venido confinando en subdisciplinas como la historia económica o la demografía histórica. E. P. Thompson lanzó una invectiva contra una forma de historia serial necesariamente limitada, porque el ordenador solo devuelve aquellos datos para los que ha sido previamente programado, dejando a un lado la complejidad de la vida, los matices y las excepciones. Ahora bien, el Excel no es incompatible con una historia bien contada. La «vuelta a la narrativa» es una de las evoluciones más positivas de la historiografía en la segunda mitad del siglo XX²⁰.

Con lo cuantitativo ya no pretendemos establecer causalidades fijas, del mismo modo que con lo cualitativo no pretendemos desmigajar la historia hasta el extremo. El micro es un estudio exhaustivo de un objeto restringido. En principio no tiene por qué ser menos ambicioso; simplemente, cambia el tamaño de la lente. En la práctica, el principal problema de este tipo de estudios es que acaben deslizándose por la pendiente de la irrelevancia al abordar piedras de toque cada vez menores («existe ciertamente el riesgo de caer en la vilipendiada *histoire événementielle*», advierte Carlo Ginzburg, «pero no es un riesgo insalvable»)²¹.

Dentro de esa lente gruesa, el enfoque varía. Podemos elegir un territorio, una biografía o un periodo concreto.

1) Un ámbito territorial restringido: una comarca o una localidad. Uno de los primeros trabajos sobre el terrorismo en Euskadi fue un interesante microanálisis de Itziar, en Deba, Gipuzkoa. El autor, el antropólogo Joseba Zulaika, era de allí, al igual que los etarras que secuestraron en un caserío de la localidad y terminaron asesinando en 1976 al empresario Ángel Berazadi, que era de la cercana Elgoibar. Estos datos demográficos permiten una sugerente aproximación a los motivos que habilitan a alguien, jovencísimo, para acabar en nombre de su patria con la vida de un hombre que era, por añadidura, también abertzale²².

Cabe mencionar otra obra temprana, la de la antropóloga noruega Marianne Heiberg, que incluye un estudio de campo sobre Elgeta (Gipuzkoa) en el franquismo y la transición. Allí se da cuenta, entre otras cosas, de la circulación en el pueblo de listas negras a finales de los setenta donde abundaban los nombres de vecinos inmigrantes (en una de ellas, 28 de los 33 incluidos), de los que se decía que eran «antivascos» y «chivatos» de las Fuerzas de Seguridad, simplemente a base de rumores y desconfianza hacia el «otro»²³. Este tipo de detalles, en absoluto marginales, nos van aproximando al clima moral de la época, a un terrorismo que no solo se valía de la actividad de los comandos de ETA, sino también de una extensa red

20. Lawrence Stone, "The revival of narrative: reflections on a new old history", *Past and Present*, 85, 1979, 3-24.

21. Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos: el cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, 2010, 21.

22. Joseba Zulaika, *Violencia vasca: metáfora y sacramento*, Madrid, 1990, 116-118. La edición inglesa es de 1988.

23. Marianne Heiberg, *The making of the Basque nation*, Cambridge, 1989, 149-150.

de colaboradores con diferentes grados de implicación: desde los *bystanders* silentes hasta los que pasaban información para cometer atentados.

Por su parte, Javier Marrodán estudió el caso de Etxarri-Aranatz, un pueblo de la zona vascofona de Navarra. Tras la correspondiente campaña de calumnias («fascista», «antivasco») allí ETA mató en enero de 1979 a Jesús Ulayar, quien fuera alcalde en el último tramo del franquismo, entre 1969 y 1975. Los asesinos fueron convecinos que acabaron siendo nombrados hijos predilectos de la localidad, mientras la familia de la víctima sufría el ostracismo, el odio y la difamación²⁴.

2) Biografías. Puede ser la de una víctima, un *bystander*, un perpetrador o un grupo de ellos. Por ejemplo, la de la saga de los Gallastegi aún está por hacer: desde *Gudari*, representante del nacionalismo más radical previo a la Guerra Civil, hasta sus nietos Irantz, Lexuri y Orkatz, todos encarcelados por sus vínculos con ETA.

Gaizka Fernández analizó dos vidas paralelas; las de dos hombres migrados a Euzkadi desde Extremadura en el desarrollismo. Uno, Juan Paredes (*Txiki*), se integró en ETA político-militar y fue fusilado en septiembre de 1975; como represalia, el otro, el guardia civil Manuel López Treviño, fue asesinado por dicha banda apenas un mes después. El primero es recordado por la izquierda abertzale como un héroe; el segundo prácticamente ha sido olvidado, cuando no sigue siendo vilipendiado²⁵.

En los últimos tiempos han empezado a aparecer biografías de víctimas de ETA. He ahí la de Ana María Vidal-Abarca firmada por María Jiménez. El marido de la fundadora de la AVT, Jesús Velasco, fue asesinado en enero de 1980 en Vitoria. Además de jefe de los miñones de Álava, la policía foral, era comandante de caballería e, ideológicamente, representaba una identidad vasco-española de derechas acosada en aquellos años²⁶. La biografía que Antonio Rivera y Eduardo Mateo dedican al dirigente socialista vasco Fernando Buesa, asesinado con su escolta Jorge Díez Elorza en febrero de 2000, es otro ejemplo en la misma dirección. Pero no hay muchos más, y antes que estas obras ya habían aparecido hagiografías de miembros de ETA como la de *Txabi* Echebarrieta a cargo de José María Lorenzo Espinosa o la de *Argala* de Paul Asensio e Iker Casanova. Aquí también la literatura militante llegó antes que la académica, lo que debe mover a la reflexión, dado que si hay un subgénero que contribuye a humanizar a sus protagonistas es la biografía²⁷.

24. Javier Marrodán, *Regreso a Etxarri-Aranatz*, Pamplona, 2004, 9.

25. Gaizka Fernández Soldevilla, “Muertes paralelas. Un estudio de caso sobre la violencia de ETA y la nacionalización de los inmigrantes en el País Vasco”, *Historia Contemporánea*, 61, 2019, 1039-1070. Del mismo autor, “La verdad sobre el caso Batarrita. Dictadura, propaganda y microhistoria en el País Vasco”, *Hispania Nova*, 16, 2018, 261-292.

26. Antonio Rivera y Eduardo Mateo, *Fernando Buesa, una biografía política: no vale la pena matar ni morir*, Madrid, 2020. María Jiménez, *Ana María Vidal-Abarca: el coraje frente al terror*, Madrid, 2020.

27. José María Lorenzo Espinosa, *Txabi Etxebarrieta: armado de palabra y obra*, Tafalla, 1994. Iker Casanova y Paul Asensio, *Argala*, Tafalla, 1999.

3) Una cata en un año o en un acontecimiento concreto, analizado desde todos los ángulos. Es el caso del número monográfico de la revista *Grand Place* elaborado por varios historiadores del Instituto Valentín de Foronda sobre el proceso de Burgos, hito de la primera ETA, en diciembre de 1970. Fue en episodios como este, el asesinato de Carrero Blanco en 1973 (tratado por Antonio Rivera en otra reciente monografía) o los últimos fusilamientos del franquismo en 1975, donde se fraguaron el mito de la ETA antifranquista y la nacionalización del antifranquismo vasco. Todo ello abonó el terreno para la continuación del terrorismo tras la muerte de Franco, con una ETA especialmente activa durante la transición. Esta es la etapa en la que se centra el reciente libro coordinado por Gaizka Fernández y María Jiménez sobre 1980, el más sangriento de la historia de ETA con 95 asesinatos, con todo lo que ello implica de capacidad de destabilización política y, por supuesto, de dramas personales²⁸.

Sabemos poco, no obstante, de las repercusiones (o de la falta de repercusiones) del terrorismo en la vida cotidiana, incluyendo las dimensiones privadas, como la familia o el ocio. Mutatis mutandis, la obra de Detlev Peukert sobre el día a día en la Alemania nazi puede servir como referencia. Con un tono más combativo que académico, el periodista José Mari Calleja escribió *Arriba Euskadi*. Calleja se detuvo en episodios aparentemente menores, pero significativos: un grupo de heavy que enardecía a sus fans a base de letras incendiarias llamando a la guerra; una concejala incapaz de condenar el asesinato de su compañero de corporación, el socialista Froilán Elespe (2001), y que compatibilizaba su cargo institucional en Lasarte con su trabajo de payasa para niños. Son anécdotas que pintan retazos de un país donde los representantes no nacionalistas vivieron una persecución brutal durante los años de la «socialización del sufrimiento», a partir de mediados de los noventa²⁹.

A este fenómeno y a esa fase final del terrorismo le dediqué una investigación centrada en una localidad del área urbana de San Sebastián. Andoain fue un campo de experimentación de la mencionada estrategia de persecución al enemigo ideológico. Los dos únicos miembros del movimiento cívico (concretamente del Foro de Ermua y de Basta Ya) asesinados lo fueron allí. Se llamaban José Luis López de Lacalle (2000) y Joxeba Pagaza (2003) y, además, eran socialistas³⁰.

En 2017 vio la luz otro estudio centrado en la margen izquierda durante la década de 1980, la que acumula un mayor número de víctimas. Es una comarca donde la inmigración tiene un peso enorme; el particular «cinturón rojo» de Bilbao, con más voto constitucionista que en el resto de Bizkaia. Podemos discutir si la progresiva pérdida de peso del cons-

28. José Antonio Pérez, Arturo Cajal y Luis Castells (eds.), “Burgos: consejo de guerra, 1970-2020”, *Grand Place*, 14, 2020. Antonio Rivera, *20 de diciembre de 1973. El día en que ETA puso en jaque al régimen franquista*, Madrid, 2021. Javier Corcuera, “De Guernica a Sarajevo, pasando por Burgos”, en Juan Aranzadi, Jon Juaristi y Patxo Unzueta, *Auto de terminación (raza, nación y violencia en el País Vasco)*, Madrid, 1994, 22. Fernández y Jiménez (coords.), *1980... op. cit.*

29. José María Calleja, *¡Arriba Euskadi! La vida diaria en el País Vasco*, Madrid, 2001.

30. Raúl López Romo, “La época del «conflicto vasco», 1995-2011. Aplicación de un mito abertzale”, en Antonio Rivera (ed.), *Nunca hubo dos bandos. Violencia política en el País Vasco, 1975-2011*, Granada, 2019, 141-174.

titucionalismo se debe a que ETA mató allí con especial saña a sus disidentes ideológicos, o a otros factores, como el desgaste por los casos de corrupción del PSOE, el cambio generacional, la reconversión industrial o los GAL. Pero es imposible desdeñar lo primero. Tras los asesinatos de aquellos a los que ETA y su entorno descalificó como «ultras», «antivascos», «indeseables», «fascistas» o «chivatos» (en suma, «españoles»), cabría esperar alguna respuesta en forma de movilización de esa identidad atacada. Pero no la encontramos. Estamos ante lo que Fernando Molina llamó una «patria invisible»³¹.

El terrorismo vasco, principalmente el de ETA entre 1968 y 2010, ha sido una forma de violencia política con un apoyo social minoritario, pero notable, organizado y jerarquizado. ETA y su entorno no solo han sido agentes de nacionalización mediante el uso de la fuerza contra sus adversarios, en negativo, sino, hacia adentro, mediante la generación de rituales, discursos y prácticas que suponían un estímulo positivo para los miembros de la comunidad radical³². La observación del ámbito de la vida cotidiana, con un Estado a menudo ausente o contra las cuerdas, es, como decía Quiroga, donde cabe esperar más resultados.

2. El terrorismo como herramienta

Ampliar la lente nos permite pintar un retrato no solo más detallado, también con más «semblante humano», por recoger la gráfica expresión utilizada por Georg Iggers³³. Es lo que buscaban hace ya muchos años los iniciadores de la historia de la vida cotidiana, de la historia desde abajo o de la microhistoria. Y eso importa aquí; permite descubrir lo que no cuentan ciertas fuentes, porque el terrorismo genera miedo y, por tanto, silencios. A veces estos son explícitos, otras tácitos. Entre el miedo, la indiferencia y el apoyo, el terrorismo en Euskadi ha sido una «violencia sin perpetradores», en el sentido de que estos a menudo no eran identificados. Muchas veces se hablaba en términos genéricos: las víctimas «del conflicto» o de «Lemóniz», y no de ETA a cuenta de la campaña contra la central nuclear Lemóniz, sin indagar en los perfiles de los autores materiales³⁴.

La violencia política, ya sea en forma de motines, guerras, revoluciones, golpes de Estado o dictaduras, es una habitual vía de nacionalización. Aunque no siempre es eficaz y, a veces, incluso es contraproducente. La coerción franquista fracasó en su objetivo de crear una sociedad nacionalcatólica, pese a desplegarse durante 40 años con todos los recursos del Estado a su servicio. Por su parte, el terrorismo es una forma de violencia política que,

31. Raúl López Romo, “Terrorismo y nacionalización en Euskadi: el caso de la margen izquierda”, *Sancho el Sabio*, 40, 2017, 93-122. Gaizka Fernández y Raúl López Romo, “La muerte del «español». Las víctimas del terrorismo y la «izquierda abertzale»”, en *Sangre, votos... op. cit.*, 255-292. Fernando Molina, “El nacionalismo español y la «guerra del norte»”, *Historia del Presente*, 13, 2009, 41-54.

32. Una muestra de ellos en Casquete, *En el nombre de Euskal Herria... op. cit.*

33. Georg Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX: las tendencias actuales*, Barcelona, 1998, 94.

34. Fernando Molina, “La época socialista (1982-1996)”, en Rivera (ed.), *Nunca hubo dos bandos... op. cit.*, 131.

mediante la acción de células clandestinas, pretende atemorizar a sus rivales para conseguir determinados objetivos³⁵. El principal leitmotiv de ETA era secesionista: la independencia de Euskadi, al cual siempre incorporaron algún ingrediente de izquierdas en un plano secundario³⁶. Las principales organizaciones terroristas de Europa occidental, ETA, el IRA Provisional y los lealistas de Irlanda del Norte, han compartido su fundamento nacionalista. Son las que acumulan un mayor número de víctimas y las que más capacidad han tenido para construir nación con su actividad. Pero sus contextos son muy distintos.

La configuración del Ulster como una sociedad profundamente dividida, dañina en términos de calidad democrática, generó homogeneización étnica en barrios y pueblos tras el estallido de los Troubles, confinando cada identidad nacional en espacios separados³⁷. Para los sectores más radicales de ambas comunidades, la protestante-unionista y la católica-republicana, la violencia se convirtió en un fin en sí mismo y en una forma de comunicar la existencia de la nación irredenta en forma de argumento circular: somos porque luchamos por la supervivencia; una suerte de bucle infinito de agravios y respuestas. Claro que este planteamiento, que tiene ciertas concomitancias con el defendido por ETA, fue ganando contestación con el tiempo, a medida que las víctimas se acumularon. La principal diferencia con Irlanda del Norte es que en Euskadi la sociedad no ha estado profundamente dividida, no hubo un conflicto ni otro bando que se enfrentara a ETA con sus mismas armas.

Los principales antagonistas de ETA eran los representantes del Estado (Policía, judicatura) y también las fuerzas políticas, sociales o sindicales no nacionalistas o, en sus palabras, «españolistas» o «unionistas», lo que incluía al PP, PSOE, Unión del Pueblo Navarro (UPN), Unidad Alavesa (UA), Basta Ya, Foro Ermua, CCOO o UGT. Este segmento de población era el que se mostraba más renuente a hablar en público de política, el que sentía y percibía más miedo en su entorno, tanto por la acción de ETA como por la de sus servicios auxiliares.

Hemos repasado numerosas obras que demuestran que el terrorismo nacionaliza: las que tratan de Itziar, Elgeta, Etxarri Aranatz, Andoain, el proceso de Burgos, etc. La gran pregunta es cuánto lo hace. En qué medida la Euskadi política, social o sindical actual, mayoritariamente abertzale, es un resultado condicionado por décadas de intimidación contra los que pensaban diferente, sin la cual sería otra cosa. Luego volveremos a esta cuestión.

Es cierto que hasta en las peores circunstancias hay espacios para la disidencia. Si la microhistoria, tal como la entiende Giovanni Levi, se dedica a indagar «hasta dónde llega la naturaleza de la voluntad libre en la estructura general de la sociedad humana»³⁸, hay interesantes análisis sobre los que no se nacionalizaron en el sentido que el clima de los tiempos parecía marcar. Por ejemplo, sobre los «resistentes» o las «resistencias cotidianas» que demuestran las fisuras de los intentos forzosos de homogeneización política de los naciona-

35. Juan Avilés, “Prólogo”, en VVAA, *Las armas NBQ-R como armas de terror*, Madrid, 2011, 15.

36. Jesús Casquete, “Abertzale sí pero, ¿quién dijo que de izquierda?”, *El Viejo Topo*, 268, 2010, 14-19.

37. Adrian Guelke, *Politics in deeply divided societies*, Cambridge, 2012.

38. Levi, “Sobre microhistoria”, *op. cit.*, 121.

lismos radicales, lo mismo del franquismo que de ETA³⁹. Esta tampoco sería una historia de «gestas de los reyes», sino de hechos protagonizados por «gente corriente» frente a las tentativas de dominación, que es lo que persigue la violencia política, incluyendo el terrorismo⁴⁰. Sin embargo, en espacios sometidos a una fuerte coerción no es extraño que las formas más explícitas de resistencia sean minoritarias. No podemos ignorar que el miedo y la indiferencia han sido dos ingredientes de primer orden en el caso vasco.

3. Nacionalización e indiferencia

Los procesos de *nation-building* se fomentan desde tres ámbitos: el administrativo; el de las organizaciones políticas y sociales, y el de la esfera privada. Me he referido a ciertas muestras de «resistencia» y a algunos «resistentes» frente al proyecto de nacionalización obligatoria fomentado por la izquierda abertzale. Ello implica una postura activa e incluso militante. Pero también hay que tener en cuenta otro factor al que no se ha prestado suficiente atención, el de la «indiferencia nacional», que persiste incluso en contextos de intensa nacionalización de masas⁴¹. ¿Cómo detectarla? Aquí no sirve el marco del nacionalismo banal: los mecanismos de nacionalización vía terrorismo étnico no son sutiles ni inadvertidos, sino explícitos y brutales. Son más útiles otros estudios sobre procedimientos, como el de Alejandro Quiroga sobre las narrativas, canales y receptores de nacionalización (centrándonos particularmente en dos esferas: la privada y la semipública) o el de Justo Beramendi y Antonio Rivera sobre los agentes, métodos, vías y tiempos de nacionalización⁴². La indiferencia nacional no solo fue un fenómeno del siglo XIX, de unos estados-nación en construcción, con medios limitados, y que, por tanto, no alcanzaban a nacionalizar de forma eficaz a todos sus habitantes. Es una actitud que se prolonga hasta hoy de diferentes maneras.

Aunque hay otros, la selección de víctimas de ETA en cada periodo es el indicador que refleja con mayor crudeza cómo se nacionaliza mediante el terrorismo. Primero, atacando a representantes del Estado, un «otro» externo; luego, a enemigos ideológicos -el traidor u «otro» interno-, cada vez de forma más extendida, hasta desembocar en la «socialización del sufrimiento» desde mediados de los noventa⁴³. Pero como la magnitud del terrorismo, a pesar del efecto multiplicador de la *kale borroka*, no es la de una guerra o una revolución, sino que golpea vía selección, eso ha permitido que una parte de la ciudadanía haya seguido

39. Sara Hidalgo, *Los resistentes: relato socialista sobre la violencia de ETA (1984-2011)*, Madrid, 2018.

40. Ginzburg, «El queso...», *op. cit.*, 9.

41. Maarten van Ginderachter y Jon Fox (eds.), *National indifference and the history of nationalism in modern Europe*, Abingdon y N.Y., 2019.

42. Justo Beramendi y Antonio Rivera, «La nacionalización española: cuestiones de teoría y método», en Félix Luengo y Fernando Molina (eds.), *Los caminos de la nación: factores de nacionalización en la España contemporánea*, Granada, 2016, 3-32.

43. Luis de la Calle e Ignacio Sánchez-Cuenca, «La selección de víctimas en ETA», *Revista Española de Ciencia Política*, 10, 2004, 53-79.

viviendo indiferente, no solo hacia las víctimas, sino también hacia el modelo de nación propuesto por los terroristas o por su entorno incivil.

Encontramos diversas reacciones ante el terrorismo en la vida cotidiana o a nivel individual. Un ejemplo es el envío de cartas al director para protestar contra un crimen. Pero la participación en manifestaciones es un buen indicador del grado de interés hacia la cuestión. Una encuesta de 2017 del Euskobarometro para el Memorial de las Víctimas del Terrorismo permite calcular cuántos no se manifestaban ni a favor ni en contra de ETA, dos minorías movilizadas, sino que pertenecían a la mayoría silenciosa. A buena parte de esta le parecía mal que se asesinara, pero no lo expresaba. El 60% de la población vasca no participó en actos públicos contra ETA convocados por los pacifistas o por las instituciones. El 30% lo hizo alguna vez y el 7% de forma habitual. Mientras, el 75% no participó nunca en actos convocados por la izquierda abertzale, el 16% lo hizo alguna vez y el 6% de forma habitual⁴⁴.

¿Cómo calcular el peso de estos comportamientos en relación con la cuestión de las identidades colectivas y personales? El Euskobarometro, la mayor serie de datos disponible sobre opinión pública en Euskadi, solía preguntar por la identidad nacional subjetiva: solo español, más español, tan vasco como español, más vasco, solo vasco, no sabe o no contesta. Lo que no preguntaba es 1) a quién le daba igual esa identificación (no hablo solo de ideologías como el anarquismo o de fenómenos como el pasotismo, que también) y 2) qué importancia concedía cada uno a la identidad territorial en relación con otras. Quizás muchos habrían antepuesto su condición de padres, o de aficionados al Athletic, o de obreros, o de homosexuales, o de mujeres o de vecinos del barrio vitoriano de Abetxuko. Dicha cuestión presupone que todo el mundo tiene una identidad nacional y que esa es la relevante, porque se pregunta por ella y no por otras. No es una excepción: si miramos encuestas de diferentes latitudes encontraremos que proceden de un modo similar al Euskobarometro. Por tanto, si queremos cuantificar con mayor precisión, falta que los estudios de opinión pública integren la variable de la indiferencia ante la identidad nacional o que dejen abierta la respuesta de qué prioridad concede cada ciudadano a la cuestión de las identidades en general.

4. Tareas pendientes: el «carlismo-leninismo»

En los apartados precedentes hemos repasado el estado de la cuestión, señalando los avances de la historiografía, así como ciertas lagunas. En este epígrafe incidiremos en lo que queda por hacer. En el terreno entre terrorismo y nacionalización faltan más estudios biográficos, incluyendo la relación entre víctimas y victimarios, al estilo de lo que hizo Tom Lampert en *Una sola vida* para la Segunda Guerra Mundial⁴⁵. También sería conveniente contar con más trabajos sobre lo ocurrido en localidades concretas, para saber, por ejemplo, cómo funcionan los mecanismos del terror a pequeña escala. O por qué algunos pueblos pasaron de ser feudos

44. http://www.memorialvt.com/wp-content/uploads/2017/07/Memorial_Informe_02_final.pdf [Consulta: 10.11.21].

45. Tom Lampert, *Una sola vida: ocho historias de la guerra*, Madrid, 2004.

ultraconservadores y católicos durante la Segunda República a feudos del revolucionarismo independentista de Herri Batasuna (HB, Unidad Popular) durante la transición.

Me voy a detener en esta última cuestión porque no es sencilla de explicar y tiene bastante interés⁴⁶. Algunos intelectuales se han referido a ella. Es el caso de Jon Juaristi, una de cuyas misiones en la primera ETA fue tender lazos con los GAC, Grupos de Acción Carlista. Este fue el penúltimo grupúsculo armado del sector antifranquista de un movimiento político ya entonces muy mermado. En palabras de Juaristi, «no éramos fanáticamente nacionalistas, pero encontramos en el nacionalismo un fenómeno que fue provocado en parte por el franquismo, y después, en el tardofranquismo, esto se imbricó de alguna forma con el viejo carlismo rural, fanático, intransigente, clerical, y el resultado fue espantoso. Yo creo que esas tradiciones de comportamiento político habría que tenerlas muy en cuenta. Hay violencia y fanatismo porque hay una tradición de violencia»⁴⁷.

Este planteamiento genealógico tiene sentido si consideramos que estamos ante un hábito que nuestros protagonistas pudieron observar, que formaba parte de las prácticas de su entorno. Pero tiene dos problemas: uno, que se piense que estamos ante una suerte de excepción local, ante un lugar intrínseca y secularmente violento (un teatro de odios eternos); y dos, que se concluya que es un fenómeno ante el que los vascos apenas pudieron reaccionar, dejándose llevar por un ambiente que vendría de lejos. En mi opinión, es más importante destacar las características de cada contexto y las actitudes que los sujetos tomaron ante ellas, eligiendo sus repertorios de acción, desde la Segunda República hasta la transición, pasando por la dictadura, y con ello, contribuyendo a transformar activamente sus circunstancias.

El carlismo fue, en palabras de José Luis de la Granja, el «mayor enemigo» de la Segunda República, contra la que constantemente conspiró y preparó una insurrección⁴⁸. Utilizó para ello su rama paramilitar, el Requeté, que aportó miles de jóvenes voluntarios al golpe de Estado de 1936⁴⁹. Según datos recogidos por Julio Aróstegui, en septiembre de 1937, un año y pico después del estallido de la Guerra Civil (presentada por los rebeldes como una «Cruzada» de

46. He consultado los resultados de las elecciones municipales de 1931 y posteriores de la Segunda República en el País Vasco en José Luis de la Granja, *Nacionalismo y II República en el País Vasco. Estatutos de autonomía, partidos y elecciones*, Madrid, 2008, y en https://www.euskadi.eus/web01-a2haukon/es/contenidos/informacion/w_em_contexto_historico_munici/es_def/index.shtml [Consulta: 12.11.21]. Para Navarra, Juan Jesús Virto Ibáñez, *Las elecciones municipales de 1931 en Navarra*, Pamplona, 1987. Mis fuentes para los resultados de los procesos electorales vascos desde 1977 han sido: <https://www.euskadi.eus/ab12aAREWar/resultado/maint> [Consulta: 12.11.21], la colección de monografías sobre elecciones publicada por el servicio editorial del Gobierno Vasco, y la prensa: *El Correo*, *Egin*, *La Voz de España*. En el caso de Navarra: <https://gobiernoabierto--navarra--es.insuit.net/es/open-data/datos/resultados-de-las-elecciones-1979-al-parlamento-de-navarra-agrupados-por-municipios> [Consulta: 12.11.21].

47. Cit. en Edurne Uriarte, “Intelectuales vascos, política y nacionalismo”, *Revista de Estudios Políticos*, 88, 1995, 308.

48. José Luis de la Granja, “La II República y la Guerra Civil”, en José Luis de la Granja y Santiago de Pablo (coords.), *Historia del País Vasco y Navarra en el siglo XX*, Madrid, 2009, 58.

49. Javier Ugarte, *La nueva Covadonga insurgente: orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, 1998.

salvación religiosa y nacional), había movilizados 1.397 requetés vizcaínos, 1.630 guipuzcoanos, 1.405 alaveses y 4.772 navarros. Sumados (9.204), eran casi la mitad de los combatientes carlistas de toda España (19.423)⁵⁰. Esto concuerda con que a la altura de los años treinta la región española donde el carlismo preservaba un mayor peso era la vasconavarra⁵¹.

Para entonces el carlismo se había reagrupado electoralmente en torno a la Comunión Tradicionalista. Su ideología amalgamaba la cuestión dinástica (la vieja aspiración al trono para el linaje borbónico desposeído) con un inequívoco nacionalismo español y con la defensa de la fe católica al modo más integrista: de la mano de una Iglesia unida al Estado para ser la única garante de la moral pública y de la educación de una sociedad tradicional. Todo ello, resumido en la clásica tríada «Dios, patria y rey» (a veces «Dios y fueros» en su versión local), se creía en riesgo por culpa de unas izquierdas vistas como marxistas y anticlericales, y, por tanto, disgregadoras del orden natural.

Las elecciones del 12 de abril de 1931 no solo sirvieron para elegir a los representantes municipales. En un ambiente de intensa agitación política y con la cuestión religiosa en el centro del debate, se convirtieron en un plebiscito sobre la forma de gobierno: monarquía o república. En el País Vasco y Navarra los resultados reflejaron el pluralismo y la polarización de la sociedad. Las izquierdas republicano-socialistas terminaron ganando en las cuatro capitales y en los núcleos más habitados. Pero las derechas contrarrevolucionarias, incluyendo en este momento al PNV, eran hegemónicas en la mayor parte del territorio, en numerosas y pequeñas localidades⁵².

El carlismo predominaba en Álava y sobre todo en Navarra, y seguía contando con cierto arraigo en la Gipuzkoa interior. En esta provincia, en los ayuntamientos elegidos en votación popular en 1931, los tradicionalistas consiguieron 62 concejales, no lejos de los 98 de los nacionalistas vascos⁵³. Durante la Segunda República más de la mitad del clero guipuzcoano era carlista y aproximadamente el 30% nacionalista⁵⁴. El PNV creció de forma exponencial durante el primer bienio republicano hasta convertirse en la principal fuerza vasca en 1933, mayoritaria en Bizkaia y en buena parte de Gipuzkoa. Entre las razones de ese rápido auge están su giro hacia la moderación (de la derecha hacia el centro), su defensa de la autonomía vasca, la división del conservadurismo españolista y el declive de los monárquicos tras la proclamación de la república⁵⁵. Ahora bien, el tablero político vasconavarro de la época era un triángulo casi equilátero, formado por el nacionalismo vasco, las izquierdas

50. Julio Aróstegui, *Los combatientes requetés en la Guerra Civil española*, Madrid, 2013, 813.

51. José Luis de la Granja, *El oasis vasco. El nacimiento de Euskadi en la República y la Guerra Civil*, Madrid, 2007, 150.

52. José Luis de la Granja, Santiago de Pablo y Coro Rubio, *Breve historia de Euskadi. De los fueros a la autonomía*, Barcelona, 2011, 159.

53. Granja, *Nacionalismo y II República... op. cit.*, 105.

54. Francisco Javier Caspistegui, "Carlistas e integristas", en Coro Rubio Pobes (dir.), *El laberinto de la representación. Partidos y culturas políticas en el País Vasco y Navarra (1875-2020)*, Madrid, 2021, 139.

55. Juan Pablo Fusi, *El País Vasco. Pluralismo y nacionalidad*, Madrid, 1990, 27-29.

y las derechas. Tras el franquismo la geometría del tablero transmutó en un cuadrado por la aparición de un nuevo y pujante sector: la izquierda abertzale⁵⁶.

Si el carlismo lo fue para la Segunda República, ETA fue el principal enemigo de la transición y de la democracia española. En las elecciones municipales de 1979, las primeras libres a nivel local en más de 40 años, el brazo político de ETA militar, HB, quedó como la segunda fuerza en Euskadi. Apenas un año después de su fundación obtuvo 146.195 votos (un 15,55%) y 256 concejales. A ellos debemos añadir un número indeterminado de candidaturas y de electos independientes, próximos a la coalición radical y/o a la izquierda revolucionaria. HB no se presentó con sus siglas en todas las localidades, incluyendo algunas donde la izquierda abertzale obtenía buenos resultados, como Usurbil o Lezo.

Fueron unos comicios que ganó con holgura el PNV, con 354.925 sufragios (37,75%), y en los que el Partido Socialista de Euskadi, PSE-PSOE, quedó relegado al tercer lugar (142.969 votos, 15,21%). Euskadiko Ezkerra (EE), vinculada a otra organización terrorista, en este caso a ETA político-militar, quedó en quinto lugar con 58.002 papeletas (6,17% y 83 concejales). El carlismo, irrelevante, se tuvo que conformar con 3.366 papeletas (0,36% y seis concejales en toda Euskadi) para uno de los partidos del atomizado movimiento, EKA (Euskal Herriko Karlista Alderdia, Partido Carlista de Euskal Herria), cuya ideología socialista autogestionaria nada tenía que ver con la de los carlistas de los años treinta. Mientras, las ramas que se proclamaban legítimas herederas y mantenedoras del tradicionalismo desaparecían del mapa político. Las diferencias internas habían estallado trágicamente en mayo de 1976, en la peregrinación carlista anual a Montejurra. Miembros de una facción ultraderechista asesinaron a dos simpatizantes de la corriente izquierdista apadrinada por el pretendiente Carlos Hugo de Borbón.

Es interesante contrastar los resultados electorales de ciertas localidades antes y después del franquismo. A continuación, veremos una serie de ejemplos extraídos de pueblos de Gipuzkoa y de Navarra, por ese orden. Lo haremos de forma forzosamente breve, a modo de llamada de atención sobre las posibilidades de profundizar en ello. No se trata, por tanto, de una investigación acabada, sino de una invitación a investigar con herramientas como las que hemos visto que aporta la microhistoria.

En Arama, en 1931 los seis concejales a elegir fueron tradicionalistas. En las siguientes municipales libres, las de 1979, los cinco concejales fueron de una candidatura local independiente, lo que no ayuda a identificar su posición ideológica, pero sí sabemos que en las generales de ese año la fuerza más votada fue HB, seguida del PNV. La Unión de Centro Democrático (UCD, entonces en el gobierno de España con el presidente Adolfo Suárez, un político procedente del desarticulado Movimiento Nacional) no obtuvo ningún voto en las generales.

En Azkoitia, en 1931, 13 de los 16 concejales eran tradicionalistas, y los tres restantes del PNV. En las municipales de 1979 el PNV fue primera fuerza con 10 ediles, seguido de HB y EKA, con dos cada uno. En las generales de ese mismo año había ganado el PNV con

56. Rafael Leonisio, “Del triángulo al cuadrado. Aplicación de la teoría de los cleavages a la historia política vasca”, *Historia Actual Online*, 36, 2015, 175-186.

el 41% y la UCD obtuvo el tercer puesto tras el PSE-PSOE con 743 votos (13,9%), pero un mes más tarde no presentó lista a la alcaldía, una situación que, como veremos, se repetirá en Gipuzkoa. Azkoitia era un feudo del tradicionalismo en los años treinta e ilustra el salto al nacionalismo a través del caso de una conocida familia: del padre Felipe Arzalluz, «boina roja» carlista, a su hijo Xabier, presidente del PNV⁵⁷.

En Bergara n.º 2, en 1931, de cinco concejales tres fueron nacionalistas y dos tradicionalistas. En Bergara n.º 4 los dos concejales a elegir fueron tradicionalistas. En las municipales de 1979 el PNV (9) y HB (6) dominaron, a mucha distancia del PSE-PSOE (uno). En las generales de 1979 la UCD obtuvo 840 votos (10,4%).

En Ibarra, en 1931 siete de los ocho concejales fueron tradicionalistas, y el restante fue un independiente. En 1979, con un censo electoral de 2.826 personas y 11 escaños a repartir, el PNV obtuvo 481 votos (29,58%, cuatro concejales). Cinco ediles fueron para la izquierda independentista: tres para HB, la segunda fuerza con 370 sufragios (22,76%) y otros dos para EE. El PSE-PSOE y la ORT obtuvieron uno cada uno. En las generales del mismo año se repitieron esos dos primeros puestos. La UCD quedó quinta, tras el PSE-PSOE y EE, con 155 votos (9,5%).

En Oñati concejo, en 1931 de cinco concejales tres fueron jaimistas (carlistas) y dos nacionalistas. En las municipales de 1979 el PNV sacó 11 escaños, seguido de los cinco de HB y de uno para el PSE-PSOE. En las generales de 1979 ganó el PNV seguido de HB. La UCD quedó en tercer lugar con 863 votos (15%).

En Tolosa los tradicionalistas ganaron las elecciones municipales de 1931. En las siguientes de ámbito local, en 1979, lo hizo el PNV, seguido de HB y de EE. La suma del voto independentista radical casi alcanzaba al de los jeltzales. El centro y la derecha no abertzale habían desaparecido de la corporación. No obstante, en las generales de 1979 la UCD sacó 1.365 votos (15,86%), alzándose a la tercera posición en el municipio.

En Zaldibia, en 1931 de nueve concejales cinco fueron nacionalistas vascos de derechas, tres tradicionalistas y uno católico monárquico. En 1979 se presentó una candidatura independiente próxima a la izquierda abertzale que se llevó todos los concejales. En las municipales de 1983 HB se presentó con sus siglas, arrasando con 443 votos (71,11% y siete regidores). Los dos restantes fueron para EE. Es decir, en 1931 todos los electos fueron de derechas y en 1983 todos de izquierdas. Más allá del cambio en el eje ideológico, ciertamente llamativo, hay una clara evolución en el eje nacional: de la casi paridad entre abertzales y españolistas a la unanimidad de los primeros. Ahora bien, la identidad vasco-española no había desaparecido en la transición, como demuestra que en las generales de 1979 la UCD sacó 104 votos en Zaldibia (13,3%).

En Zarautz casas consistoriales, en 1931, de seis concejales cuatro fueron tradicionalistas y dos independientes. En Zarautz n.º 2 de seis concejales cuatro fueron tradicionalistas y dos nacionalistas. En las municipales de 1979 el triunfo absoluto fue para el PNV (11 concejales, 51%), a distancia de la izquierda abertzale: EE (3) y HB (2). El PSE-PSOE

57. Gorka Angulo, *La persecución de ETA a la derecha vasca. Amenazas, exilio, extorsión y asesinatos*, Córdoba, 2018, 262.

obtuvo uno. Nuevamente no hubo listas del centro y la derecha no abertzale, pero sabemos que tenían significativos apoyos ocultos: en las generales de 1979 la UCD quedó en tercer lugar con 959 votos (13,1%).

Tabla 1. Evolución de la población en varios municipios guipuzcoanos

LOCALIDAD	1930	1981	Incremento
Arama	147	176	19,73%
Azkoitia	7.557	11.029	45,94%
Bergara	9.307	16.049	72,44%
Ibarra	934	4.392	370,24%
Oñati	6.662	10.893	63,51%
Tolosa	12.487	18.899	51,35%
Zaldibia	1.451	1.801	24,12%
Zarautz	4.786	15.351	220,75%
Gipuzkoa	302.329	694.731	129,79%
País Vasco	891.710	2.141.969	140,21%

Fuente: elaboración propia a partir de datos del INE y el Eustat

La evolución política en Navarra muestra tanto puntos en común con lo que acabamos de ver para Gipuzkoa como algunas diferencias. En la Ribera las izquierdas ganaron en 1931 en varias localidades importantes (Tafalla, Caparros, Lodosa o Peralta), pero la mitad norte, incluyendo la zona vascofona, era monopolio de las derechas. El peso del bloque antirrevolucionario y la importancia de la cuestión religiosa era innegable.

En Bakaiku, situada en la comarca de la Barranta, cerca del límite con Álava y Gipuzkoa, en 1931 hubo dos concejales republicanos de derechas, uno tradicionalista y uno católico. En las elecciones de 1979 al Parlamento Foral HB quedó en primer lugar con 112 votos, seguida del PNV con 35.

En Ezkabarte, cerca de Pamplona, en 1931 todos los concejales fueron tradicionalistas. En las forales de 1979 ganó la UCD (106) con HB en segundo lugar (64).

En Villava, localidad también próxima a la capital, en 1931 los tradicionalistas se llevaron seis concejales. Los otros tres fueron para candidatos independientes. En las elecciones de 1979 al Parlamento Foral ganó con holgura HB con 650 votos. El PSOE, en segundo lugar, obtuvo 471.

Tabla 2. Evolución de la población en varios municipios navarros

LOCALIDAD	1930	1981	Incremento
Bakaiku	407	352	-13,51%
Ezkabarte	1.132	901	-20,41%
Villava	1.598	6.253	291,3%
Navarra	345.883	509.002	47,16%

Fuente: elaboración propia a partir de datos del INE.

Como puede comprobarse en las tablas, entre 1930 y 1981 hubo profundos cambios demográficos espoleados por la inmigración desde el resto de España y por el incremento de la natalidad. Pero esto no explica por sí solo el cambio político. Este último se produjo tanto en localidades que multiplicaron varias veces su población, caso de Zarautz o Villava (ciudades dormitorio de San Sebastián y Pamplona respectivamente), como en pueblos pequeños que apenas crecieron (Arama) o que incluso tuvieron un crecimiento negativo (Bakaiku, Ezkabarte), pasando por villas del interior que ya eran de mediano tamaño en la Segunda República y que luego se desarrollaron al calor de una nueva industrialización (Tolosa, Oñati).

Junto a la demografía hay que considerar que estamos ante el paso de una sociedad rural a otra urbana, industrial y de servicios. Además, la cuestión religiosa sufrió su propia evolución: desde la omnipresencia del catolicismo hacia una pérdida del protagonismo y de la influencia de la Iglesia. En resumen, cabe hablar de la conformación de una nueva sociedad⁵⁸, que, sin embargo, hasta 1975 siguió regida por una dictadura; constreñida por la ausencia de libertades y por los estrechos márgenes del nacionalcatolicismo oficial.

Cambiar una identificación nacional por otra suele antojarse difícil, y más cuando se pasa de abrazar una versión radical al extremo opuesto. La que se tiene por la patria parece la más sólida de las lealtades. No solo ayudan a ello los estímulos positivos. También las acusaciones de traición y el consiguiente desprecio que sufren quienes deciden quebrarla. Ahora bien, contra lo que a menudo se piensa, esa evolución ha existido y existe, tanto entre padres e hijos como incluso en una misma persona⁵⁹.

Hemos citado el caso de los Arzalluz, pero hay muchos otros cambios identitarios en el seno de las familias, y hacia posiciones más radicales que aquella. El padre de José Luis Elko-ro, dirigente de HB, fue el primer alcalde franquista de Elgeta (Gipuzkoa). Rita Bedialauneta era una conocida carlista de Ondarroa (Bizkaia). Según la Policía, su hijo Isidro Garalde, *Mamarru*, miembro de ETA, fue uno de los autores materiales del asesinato de Víctor Legorburu

58. Manuel Montero, “La transición y la autonomía vasca”, en Javier Ugarte (ed.), *La transición en el País Vasco y España. Historia y memoria*, Bilbao, 1998, 97.

59. Una selección de casos en Xosé M. Núñez Seixas y Fernando Molina (eds.), *Los heterodoxos de la patria: biografías de nacionalistas atípicos en la España del siglo XX*, Granada, 2011.

(1976), último alcalde del franquismo en Galdakao⁶⁰. Jesús Izco se enroló en la Guerra Civil en un Tercio carlista de Navarra. Su hijo Xabier Izco de la Iglesia fue uno de los condenados a muerte en el proceso de Burgos, acusado de asesinar a Melitón Manzananas⁶¹.

Floren Aoiz llegó a ser portavoz de la Mesa Nacional de HB. Su abuelo, el *Templau*, en el 36 fue un destacado requeté de Tafalla. Posteriormente se hizo comendador de la Hermandad de Caballeros Voluntarios de la Cruz, una entidad navarra que velaba por la memoria de los sublevados y que estuvo en el punto de mira de ETA, que mató a cinco de sus integrantes⁶². Jaime Mayor Oreja cuenta que también fue requeté Blas Múgica, enterrador de Ordizia y padre de quien fue el jefe del aparato militar de ETA en uno de sus periodos más sanguinarios (1987-1992), Francisco Múgica Garmendia, *Pakito*⁶³.

El aristócrata bergarés Telesforo Monzón hizo una travesía personal desde el monarquismo católico y españolista de su juventud, al PNV en los años treinta y de ahí a HB y a la legitimación de ETA en la transición⁶⁴. Monzón fue el dirigente que más insistió en la idea de continuidad entre los gudarís de la Guerra Civil y los miembros de ETA. Pero, lejos de quedarse en esa comparación, pretendió incluir en la misma cadena a los combatientes carlistas del siglo XIX: «para nosotros Zumalakarregi en la primera guerra carlista, Santa Cruz en la segunda guerra carlista, José Antonio de Aguirre en el año 36 luchando contra el fascismo internacional y ETA, lo digo claramente, son una misma guerra. Guerra cuyo origen está en que nos robaron la soberanía de nuestro pueblo»⁶⁵. Lecturas peculiares del pasado como esta llevaron al escultor Jorge de Oteiza a hablar irónicamente del «carlismo-leninismo» de HB⁶⁶.

Aunque lo ideal es mirar cada caso particular, hay una serie de elementos que aparecen en el tema de que venimos tratando y que, por tanto, pueden valer a modo de guion global para desentrañar por qué los principales enemigos de la Segunda República primero, y de la transición y la democracia después, tuvieron tanto arraigo en el País Vasco y Navarra. Los primeros eran españolistas de derechas; los segundos, abertzales de izquierdas. Ambos prendieron en los mismos sitios y no es raro encontrar conexiones familiares entre unos y otros. Lo complicado es explicar por qué.

Más allá de sus obvias diferencias ideológicas e identitarias, carlismo y abertzalismo radical tienen varios elementos en común. Comparten, primero, su condición de movimien-

60. Gorka Angulo, *La persecución de ETA... op. cit.*, 41 y 88.

61. Gaizka Fernández Soldevilla y José Francisco Briones, “El franquismo ante el proceso de Burgos”, *Araucaria*, 44, 2020, 27-51.

62. Fernando Mikelarena, “Saca de Tafalla-Monreal de 21/10/1936”, *Noticias de Navarra*, 18/10/2020, y del mismo autor: *La [des]memoria de los vencedores: Jaime del Burgo, Rafael García Serrano y la Hermandad de Caballeros Voluntarios de la Cruz*, Arre, 2019, 279 y ss.

63. Jaime Mayor Oreja, *Esta gran nación. Conversaciones de Jaime Mayor Oreja con César Alonso de los Ríos*, Madrid, 2007, 25.

64. Fernando Martínez Rueda, *Telesforo Monzón. Realidad y mito de un nacionalista vasco*, Madrid, 2021, 52.

65. Telesforo Monzón, *Herri baten oihua. Hitzak eta idatziak*, San Sebastián, 1982, 95 y 96.

66. *Muga*, 18, 1981.

tos antisistema, populistas y antidemocráticos, y, por ende, su rechazo al pactismo y al parlamentarismo, vistos como formas de transacción y hasta de traición hacia unos dogmas inamovibles. Segundo, su naturaleza comunista, contraria al liberalismo y en general a las ideologías que colocaban al individuo frente al pueblo en el centro de sus preocupaciones. Tercero, su sentido agónico de la existencia, es decir, su miedo a los cambios traídos por las que serían unas fuentes exóticas de peligro y disgregación. Ante ellas habría que reaccionar de forma defensiva para proteger lo propio percibido en riesgo. ¿Qué era esto? Siempre, la comunidad local tradicional, que primero se entendía como católica y euskaldún, y, después de la secularización y la inmigración del desarrollismo, simplemente como euskaldún. Cuarto, su inclinación por la violencia, la elección del insurreccionalismo como forma de conseguir algo en política, normalmente en negativo: contra la irreligión en los años treinta o contra la españolización desde los sesenta.

Hay dos elementos más, uno estructural y otro ligado al proceso político, que también merecen tenerse en cuenta. Por un lado, a lo largo de buena parte del siglo XIX y principios del XX el Estado español fue un ente débil y lejano, y cuando apareció más intensamente durante el franquismo lo hizo a menudo de forma tan agresiva como ineficaz, con una vocación homogeneizadora y sin ofrecer estímulos atractivos, potenciando así la sensación de distanciamiento. Por otra parte, la desmovilización política fomentada por el franquismo contribuyó a que los calistas no tuvieran ni cuadros ni experiencia; en definitiva, no estaban preparados para la llegada de la competencia electoral en democracia.

El carlismo vasconavarro era españolista, y lo era desde el regionalismo, que aquí tomaba la forma de una defensa de las particularidades forales de la patria chica como quintaesencia de la patria grande. Pero tal vez más que por el patriotismo se distinguía por su clericalismo, por su integrismo católico, que encajaba en una sociedad tradicional y rural. Por eso fue más sencillo cambiar lo primero cuando desapareció lo segundo. Esa cosmovisión reaccionaria, que había sufrido ya fuertes embates desde el siglo XIX, terminó por quebrarse en los años sesenta del siglo XX, tras una rápida modernización que trajo urbanismo, fábricas, inmigrantes y una irreversible pérdida de peso de la Iglesia y del euskera en la sociedad, potenciada en el último caso por ser un idioma reducido al ámbito privado, condenado a la diglosia por el régimen franquista. Los que en principio eran sus aliados, el franquismo y la Iglesia, dieron la puntilla al vetusto carlismo; el primero al desactivarlo como movimiento político tras su obligada unificación con Falange; la segunda al seguir su propio proceso de modernización, con hitos durante los papados de Juan XXIII y Pablo VI como el Concilio Vaticano II (1962-1965) o la publicación de la encíclica social *Populorum progressio* (1967)⁶⁷.

Ante ese mundo en crisis, donde lo viejo se descomponía y lo nuevo surgía rápido, hubo un relevo generacional y los curas, aún mayoritariamente carlistas en los años treinta, fueron abrazando ampliamente el nacionalismo, que ofrecía un refugio identitario alternativo. Muchos de ellos, conectados con una sociedad que se iba haciendo cada vez más abertzale, interpretaron que el nacionalismo era la mejor vía para la defensa de la cultura

67. Francisco Javier Caspistegui, *El naufragio de las ortodoxias. El carlismo, 1962-1977*, Pamplona, 1997.

vasca en un momento en el que la intelectualidad euskaldún se circunscribía básicamente al clero⁶⁸. Una parte de los sacerdotes aún fueron importantes para la legitimación de la primera ETA y para aportar recursos materiales a su actividad⁶⁹, que supusieron venía a renovar las estancadas aguas de la oposición abertzale. Pero enseguida el nacionalismo vasco radical no necesitó de ellos para desarrollarse. Si los curas, antes respetadas y escuchadas voces de la comunidad, eran cada vez más irrelevantes en el espacio público, la sociedad seguía acostumbrada al lenguaje y los hábitos religiosos, que, tras siglos de práctica, no desaparecían de la noche a la mañana.

En parte tal vez por eso, la izquierda abertzale primero se configuró a modo de una «religión política», con la patria situada en el altar de las prioridades y con unos apóstoles (los *gudaris* de ETA) que difundirían el nuevo credo y que estaban dispuestos tanto a matar como a convertirse en mártires de la causa. Y a renglón seguido se convirtió en una suerte de «religión de sustitución», con un número de creyentes ya apreciablemente menor que en otras familias políticas, pero con un discurso y unas prácticas tomadas como dogmas absolutos, dicho sea sin confundir toda religión con comunidad violenta ni con fe acrítica⁷⁰.

No todas las localidades muestran la evolución de las que acabamos de ver entre las décadas de 1930 y 1970⁷¹. Hay algunas en las que el carlismo ya no gozaba de arraigo durante la Segunda República (sobre todo en Bizkaia), y otras en las que sí lo mantenía, y que en la transición votaron mayoritariamente a opciones regionalistas conservadoras o centristas (sobre todo en Álava y en Navarra). Para entonces el carlismo se había disgregado en múltiples direcciones: hacia el PNV, la izquierda radical, la izquierda abertzale y el centro y la derecha no nacionalista. Pero solo estos últimos sufrieron una campaña de persecución que tuvo consecuencias prácticas: redujo su libertad de expresión y, por tanto, su margen de maniobra política.

Al margen de sus habituales objetivos (guardias civiles, policías, militares), ETA lanzó dos campañas de atentados contra sus enemigos ideológicos. Una fue en los años de la tran-

68. Mikel Aizpuru, “El clero diocesano guipuzcoano y el nacionalismo vasco: un análisis sociológico”, en Justo Beramendi y Ramón Maiz (comps.): *Los nacionalismos en la España de la II República*, Madrid, 1991, 288.

69. Pedro Ontoso, *ETA, yo te absuelvo. El papel clave de la Iglesia en el proceso de Burgos*, Bilbao, 2020. Joseba Louzao, “Religión, violencia y nación vasca”, en Rafael Leonisio, Fernando Molina y Diego Muro (eds.), *ETA. Terror y terrorismo*, Madrid, 2021, 197-255.

70. «Religión política» en Casquete, *En el nombre de Euskal Herria... op. cit.*; «Religión de sustitución» en Izaskun Sáez de la Fuente, *El movimiento de liberación nacional vasco, una religión de sustitución*, Bilbao, 2002. Lejos de verlas en competencia, ambas tesis me parecen complementarias si consideramos que actúan en cierto modo de forma consecutiva.

71. Henar Criado, “Legacies of the past and Basque identity after the democratic transition”, en Pedro Ibarra y Åshild Kolås (eds.), *Basque nationhood. Towards a democratic scenario*, Berna, 2016, 63-82. En este capítulo Henar Criado compara el voto vasco en 1930 y 1970, y las similitudes o diferencias que se traslucen. Básicamente retrata la continuidad del voto abertzale en los mismos o parecidos espacios, cuestión que se aprecia también en el caso del PSOE. Pero detecta una ruptura en la transmisión generacional del voto a opciones españolistas de centro o derecha.

sición contra cargos del Movimiento Nacional y contra militantes de UCD, Alianza Popular (AP), Falange y carlistas, es decir, el centro, la derecha y la ultraderecha españolista. Muchos de ellos eran los últimos representantes del tradicionalismo autóctono y vascoparlante. Un total de 33 asesinatos respondieron a esta dinámica hasta 1984⁷². La segunda campaña comenzó a mediados de los noventa y se extendió hasta 2010, y afectó sobre todo al PP y al PSOE, costando la vida de otras 33 personas⁷³. Más allá de las víctimas directas, muertos y heridos, la función del terrorismo consiste en atemorizar a través del ejemplo.

Antes hemos hablado de la española como una «patria invisible», especialmente en los años de la transición, que coinciden con los de mayor actividad de ETA, aunque el miedo, de formas diversas y ahora más difusas, ha persistido prácticamente hasta la actualidad. Hemos visto que dicha identidad no era ajena al País Vasco, sino que tenía una larga trayectoria antes de la dictadura. A lo largo del siglo XIX y a principios del XX el doble sentimiento vasco-español fue el mayoritario. Esa identidad, pese al daño que le hizo la perversa e interesada asociación con una larga y brutal dictadura que la quiso monopolizar (no olvidemos que hubo tanto un españolismo liberal y de izquierdas como un franquismo endógeno, lo hemos visto vía carlismo), no desapareció ni siquiera en la provincia más abertzale, Gipuzkoa. Pero allí la UCD, el principal partido que la representaba a la altura de la transición, no pudo presentar listas en ninguna localidad en las municipales de abril de 1979.

Un mes antes, en las elecciones al Congreso de los Diputados, los centristas, parte de los cuales venían del carlismo local (con Marcelino Oreja a la cabeza), habían sacado 50.551 sufragios. Utilizando esas generales como termómetro, recordemos que llegaron al 15% en Tolosa y Oñati, al 13% en Zarautz o al 10% en Bergara, y rozaron el 20% en la capital, San Sebastián, donde quedaron en segunda posición. Es decir, aunque minoritarios, tenían votos, pero no tenían candidatos que los representaran en los ayuntamientos.

Conclusiones

El terrorismo es una herramienta que refuerza los procesos de nacionalización y que actúa en consonancia con otras. Aunque no operasen de forma coordinada, hubo retroalimentación entre la violencia de los años de plomo (1980, el pico de asesinatos de ETA) y la paralela construcción de la autonomía vasca (1980, conformación del primer Parlamento vasco y paulatina puesta en marcha de las instituciones del autogobierno). Desde el nacionalismo moderado y desde la izquierda se daba por hecho que con más autonomía habría menos terrorismo⁷⁴. Además, en un terreno mixto entre la política y la cultura, aquella fue una época de intensa invención de la tradición.

72. Florencio Domínguez, «Guerra de desgaste». La campaña terrorista de ETA militar al filo de la transición», en Fernández y Jiménez (coords.), 1980... *op. cit.*, 139.

73. López, *Informe Foronda...* *op. cit.*

74. Manuel Montero, «La presión terrorista durante la transición y la formación nacionalista de la autonomía vasca», *Historia Actual Online*, 55, 2021, 23-36.

El miedo ha sido un ingrediente fundamental del proceso político en la Euskadi de las últimas décadas y el terrorismo (sobre todo el de ETA, por su magnitud) fue un factor clave de desnacionalización española. Pero no de cualquier forma. Mi hipótesis es que el terrorismo y otras formas de violencia callejera asociadas han tenido más éxito a la hora de confinar la identidad vasco-española al ámbito privado, vía espiral de silencio, que para que dejaran de ser españoles los que se sentían como tales. Los datos del CIS y del Euskobarometro muestran que, pese a la pérdida de peso de los partidos de ámbito nacional, la identidad vasco-española se ha mantenido relativamente estable desde los años ochenta hasta la actualidad⁷⁵.

Conocemos bastante de dos factores diferentes que condicionaron la respuesta social al terrorismo: 1) el miedo (en 2002 solamente el 4% de los votantes del PP afirmaban no sentir ningún temor a participar en política⁷⁶) y 2) la indignación, el rechazo o la condena, que cristalizó a mediados de los ochenta en el movimiento pacifista y luego, tras el secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco, en el movimiento cívico. No obstante, conocemos menos de otro elemento clave: la indiferencia⁷⁷. En estas páginas, sin desdeñar otro tipo de aproximaciones, he defendido la necesidad de ahondar en los estudios micro para cubrir este tipo de lagunas.

Un estudio micro permite recogerlo y aplicarlo todo: tanto la historia desde abajo de tradición culturalista como la que aporta magnitudes estadísticas. He recordado el tratamiento exhaustivo de las fuentes que debe hacerse en este tipo de microanálisis porque es lo ideal para responder a preguntas como la que plantea el título de este artículo desde una disciplina como la nuestra, humanística, donde la exactitud no es matemática.

La microhistoria puede ayudar a conocer qué ocurrió en esos pueblos vascos y navarros donde en 50 años se pasó del tradicionalismo al abertzalismo radical. El auge del terrorismo de ETA fue tanto síntoma como promotor de un proceso de nacionalización que a la altura de la transición era ya hegemónico.

En un enfoque micro, el objeto, restringido, demanda conocerlo todo, o lo máximo posible, sobre un tema pequeño. La triangulación de fuentes es imprescindible para evitar las falacias de la memoria (por ejemplo, la omisión deliberada de antecedentes franquistas a nivel local) o las parcialidades de la documentación. Más en un tema tan delicado, que incluye crímenes políticos ante los que no hay neutralidad posible. Y más cuando apenas hay distancia cronológica. Otra cosa es la distancia metodológica, imprescindible si queremos

75. La oleada del Euskobarometro de octubre de 2018 recoge una serie de preguntas sobre la identidad nacional subjetiva de los vascos entre 1981 y 2018. El grupo mayoritario es el de los que se sienten vascos y españoles a la vez, por encima del 60% en 2018. El segundo grupo es el de los que se reconocen solo como vascos (el 30% en 2018) y, por último, está el de los que dicen ser solo españoles, por debajo del 5% en 2018. En los tres casos las respuestas que se han ido dando a esta misma pregunta desde 1981 muestran una llamativa estabilidad. <https://www.ehu.eus/documents/1457190/1513140/series+gr%C3%A1ficos.pdf/4dd39a47-7505-27ce-bb2a-522861e6c0a8?t=1545304376000> [Consulta: 15.11.21].

76. Euskobarometro, 2002, 2ª oleada.

77. Uno de los pocos estudios que lo aborda es el de Luis Castells, “La sociedad vasca ante el terrorismo. Las ventanas cerradas (1977-2011)”, *Historia y Política*, 38, 2017, 347-382.

evitar posturas como la de Buckley, que ha hecho una colección de siete comprensivas entrevistas a ex-pistoleros⁷⁸.

Otra de las versatilidades de la microhistoria es que permite rescatar a individuos olvidados. Ginzburg o Levi eran marxistas y buscaban aquellos rebeldes que se escapaban de las lógicas normativas (como el molinero Menocchio). Daban así voz a los sin voz. ¿Queremos también posicionarnos junto a nuestros protagonistas porque su época fue injusta con ellos y les vamos a hacer una suerte de justicia retrospectiva? El fin, en realidad, no es alimentar una ideología ni una identidad determinada, sino simplemente perfeccionar nuestro discernimiento del pasado, lo que tiene una beneficiosa proyección en el presente y en el futuro. En este sentido, la historia, incluyendo los enfoques micro, no solo debe servir para conocer mejor a las víctimas; también a los perpetradores. Mostrar al natural el fanatismo, los prejuicios y la ignorancia que llevan a cometer asesinatos políticos suele ser la mejor manera de deslegitimar aquellos para evitar estos.

78. Nicolás Buckley, *Del sacrificio a la derrota... op. cit.*